

PRESENCIA ALAVESA EN AMÉRICA

ÁNGEL MARTÍNEZ SALAZAR

A LA MEMORIA DE JON BILBAO

Ayer, mientras debía estar revisando esta intervención, me comunicaban la infausta noticia: «Jon ha muerto». En efecto, Jon Bilbao Azkarreta había decidido dejarnos.

Me sé profesional al que sus compañeros de profesión consideran historiador y sus amigos profesores periodista. Uno, en cualquier caso, encantado. No hace otra cosa que publicar crónicas -de ayer y de siempre en diversos medios. Por eso mismo, decido qué hacer con mi tiempo, y -apresuradamente- redacto una emocionada necrológica.

Me olvido del resto. Lo lamento por ustedes. Se lo debo a Jon Bilbao. Su figura es mucho más importante que todo cuanto aquí pueda aportar. Y, si les parece bien, leeré algunos breves párrafos del artículo publicado hoy mismo en la prensa guipuzcoana y -en días sucesivos- en la alavesa y vizcaína...

1. PRESENCIA ALAVESA EN AMÉRICA

Quiero comenzar señalando que cuando iniciaba mis estudios americanistas eran escasísimos, y no precisamente rigurosos ni demasiado estimulantes, los trabajos relacionados con Álava y El País Vasco. Por eso debo agradecer a Jon Bilbao¹, Alfonso Otazu², Micaela Portilla³ y otros investigadores (el vitoriano Carmelo Sáenz de Santa María, el vizcaíno Ignacio Omaechevarría o el guipuzcoano Ignacio Tellechea) sus enjundiosas aportaciones que me animaron a sumergirme en tan nutritivas y abundantes aguas.

Los alaveses iniciaron su amplia presencia en el Nuevo Mundo desde los primeros años del descubrimiento. Aunque su aportación es menor que las provincias hermanas de Guipúzcoa, Navarra y Vizcaya, podemos afirmar que cualitativamente fue considerable. Durante el primer siglo y me

Maestro, amigo y autor de *Amerikanuak: Basques in the New World* (Reno, 1975, existe traducción al español de 1986).

² Su obra *Hacendistas navarros en Indias* me resultó reveladora y estimulante.

³ *Plata de ultramar en el paisaje alavés* (Vitoria, 1966). El Catálogo Monumental de la Diócesis de Vitoria es una fuente imprescindible para acercarse a los estudios americanistas.

dio de conquista y colonización, el número de los viajeros a Indias fue bastante proporcional al tamaño del territorio. No obstante hay que destacar que esas cifras son ampliamente desbordadas por su trascendencia.

Efectivamente, la condición de hidalgos de que gozaba prácticamente la totalidad de la población, les daba acceso preferente al desempeño de cargos de responsabilidad en la milicia y en la administración, así como paso a estudios que con frecuencia les permitían después acceder a la jerarquía eclesiástica. Nada desdeñables asimismo fueron los agricultores, artesanos y menestrales. La nómina de conquistadores, cronistas, religiosos, oidores, alcaldes, gobernadores, corregidores e, incluso, capitanes generales, es muy cuantiosa entre la enorme corriente de alaveses que atravesaron el océano en busca de una vida mejor en los nuevos horizontes

Ya desde la primera mitad del siglo XVII los censos de población, los registros parroquiales y los archivos de protocolos registran un incremento muy notable de «ausente en Indias», fenómeno que se acrecienta de forma notable durante toda la centuria siguiente. Fue precisamente entonces cuando la presencia de alaveses llega a destacar en la administración y en las actividades comerciales o agropecuarias de algunos virreinos, como fue el caso de Nueva España y, más tarde, en el Río de la Plata.

Durante los siglos XVI al XIX hubo una gran cantidad de alaveses que se dirigían al nuevo continente, esperando obtener en él beneficios de toda índole. Los viajes eran molestos y hasta peligrosos por las circunstancias que debían afrontar. Si el viaje se hacía por mar había que soportar las tempestades, el hacinamiento, los naufragios, los piratas y corsarios, el escorbuto, las enfermedades, la sed, las pésimas condiciones de higiene... Por tierra los itinerarios se hacían a lomo de mula y pocas veces a caballo o en carretas, atravesando escarpados caminos. Además la turbulencia de los ríos, el clima, las enfermedades y la presencia de indígenas a menudo hostiles hacían padecer penurias mil.

Sobre el siglo XVIII ya tuve ocasión de escribir *Presencia alavesa en América y Filipinas* (1988) o la biografía de Diego de Borica, gobernador de California (1992) y, en colaboración con Koldo San Sebastián, *Los vascos en México* (1991); así como artículos desperdigados en varias publicaciones⁴. Posteriormente, han aparecido trabajos sobre los miembros de la RSBAP e incluso obras de conjunto como las de Estíbaliz Ruiz de Azúa, *Vascongadas y América* (1992), u otras relacionados con el Quinto Centenario⁵.

En el siglo XIX la emigración hacia América cambia de sesgo adquiriendo un carácter masivo, aunque algunos de los humildes emigrantes lle

⁴ Alaveses en América, artículos aparecidos en el diario Deia. Vascos en California y La R.S.B. de los Amigos del País en América y Filipinas en "América y los vascos" en Deia, etc.

⁵ GARMENDIA ARRUEBARRENA, José. Diccionario Biográfico Vasco... Eusko Ikaskuntza. San Sebastián, 1992, 332 pp.

garan a alcanzar considerables fortunas (Nicolás de Oribe o Domingo Ordoñana en Uruguay) e incluso títulos nobiliarios como el marquesado de Álava (Julián Zulueta Amondo), consolidando el arquetipo de «indiano», que enmascaró en parte la dura vida con la que tuvieron que enfrentarse la inmensa mayoría.

Destacados miembros de la iglesia serán los obispos Nicolás de Armentia Ugarte (Oportuno sería realizar su biografía completa o sistematizar sus trabajos geográficos en Bolivia en la víspera del 150 aniversario de su nacimiento) o Jacinto Martínez Sáez y religiosos de la talla del miembro de la Compañía de Jesús José Vicente de Alzola Fernández. Algunos ejemplos atípicos pero muy interesantes son los del profesor Julián Becerro y de Bengoa en Uruguay (quien tanto contribuyó a la educación de las gentes de país adoptivo e incluso al tornaviaje del popular bardo José María Iparraguirre, el inmarcesible compositor del Gernikako Arbola) o los arquitectos Matías Maestro Alegría en Perú y Lorenzo Martínez de la Hidalga Martínez de Musitu en México e incluso el futuro periodista Ramiro de Maeztu Whitney en Cuba.

El prototipo del emigrante alavés decimonónico, según ha tenido ocasión de estudiar Angel María Arrieta, *Emigración Alavesa a América en el siglo XIX* (1992), era el del joven soltero, casi siempre procedente del entorno rural, con parientes o amigos avencidados allende los mares. Originario, mayoritariamente, de los valles del noroeste, sobre todo de Ayala y de la Llanada, donde destaca la aportación de la ciudad de Vitoria-Gasteiz y el municipio de Barrundia. Su destino fue, fundamentalmente, Argentina, seguido de Cuba, México y Brasil.

El luminoso trabajo, *Los paraísos posibles. Historia de la emigración vasca a Argentina y Uruguay* (1992), de José Manuel Azcona, o la *Historia de la emigración vasca a Argentina* de varios autores (el mismo Azcona, Inés García y otros) tampoco tiene desperdicio.

El gasteiztarra José Colá Goiti, publicista y cronista de la ciudad, que había residido en varias repúblicas sudamericanas, con la finalidad de prevenir a los potenciales emigrantes sobre las dificultades del viaje trasatlántico y de las penosas condiciones de subsistencia en los países del Río de la Plata, publicó la obra titulada *La emigración vasco-navarra* (1883) pronto reeditada y traducida al vasco y francés.

También en el Pacífico se hizo sentir con extraordinaria fuerza la presencia de este solar vasco. En 1635 un alavés, Sebastián Hurtado de Corcuera era gobernador general de Filipinas y en la centuria siguiente Simón de Anda López de Armentia, defensor del archipiélago; personaje suficientemente estudiado. Más adelante les sucedieron otros ocupando puestos importantes por aquellas latitudes, sin olvidar a los misioneros (agustinos, dominicos...) empeñados en la implantación del dogma católico, tanto en el archipiélago como en el continente asiático.

Ya en ésta centuria que se agota. La emigración se interrumpe. Marchando para el exilio tanto connotados partidarios del gobierno legítimo de la segunda República como prestigiosos intelectuales: la poeta Ernestina de Champourcin... Y, cómo no, otro tipo de personajes: artistas (el escultor Lorenzo Fernández de Viana, la actriz Gloria Guzmán o el músico Germán Landazabal), profesionales diversos (María de Maeztu), etc. Incluso el popular compositor babazorro Alfredo Donnay se lanzó en su mocedad a la aventura americana. Una lista que haría de esta intervención, sin duda, prolija e innecesariamente enciclopédica.

La diócesis de Vitoria (abarcaba la actual Comunidad Autónoma y creada en 1862), fue pionera del movimiento misional en España y con una tradición que le había puesto a la cabeza der mismo va a reforzar su privilegiado papel protagonista durante las primeras décadas del régimen franquista, como recientemente ha estudiado Javier Sánchez Erauskin. La capital alavesa se perfila como plataforma natural de las organizaciones misionales. Muchos serán los religiosos que trabajen allende el océano en nuestra centuria. Todavía hoy podemos seguir su rastro desde los Estados Unidos hasta el cono sur, sin olvidar la labor de cooperantes en diversas Organizaciones No Gubernamentales.

2. LA HUELLA AMERICANA EN ÁLAVA

La emigración era, desde antiguo, un fenómeno social muy arraigado en ésta tierra. Por ello no es extraño que, una vez más, los alaveses pusieran su empeño en embarcarse para realizar la aventura americana, hacer las Indias. Fueron los indianos. Tan característicos del País Vasco y de toda la cornisa cantábrica. Unos volvieron, la inmensa mayoría permanecieron en el Nuevo Mundo, pero todos siguieron recordando su tierra natal, a la que dedicaron una parte de su fortuna, como signo de orgullo y deseo de perpetuar su memoria entre sus coterráneos. En sus viajes o en sus mandas remitieron diversas obras o cantidades de dinero, muchas traídas directamente de ultramar, otras realizadas aquí.

Durante los últimos años se han publicado abundantes estudios sobre la presencia española en América. Especialistas e investigadores han tendido a analizar la emigración casi desde un punto de vista económico y social, también dedicando innumerables páginas a escribir semblanzas o estudios monográficos sobre aspectos relacionados con Euskal Herria toda. Sin embargo, no son muchos los trabajos dedicados a analizar la relaciones mantenidas entre el emigrante y su lugar de origen.

La vinculación entre los viajeros al Nuevo Mundo y su localidad natal se mantenía viva después de la partida, al menos en aquellos casos en los que la estancia en ultramar iba acompañada del enriquecimiento personal. Muy pocos volvieron y la inmensa mayoría permanecieron en sus países de

adopción, aunque todos siguieron recordando su comunidad, a la que dedicaron parte de su fortuna.

Los donativos de los personajes transplantados a las otras realidades se centraron fundamentalmente en edificios, bienes muebles y fundaciones religiosas u obras pías. La mayor parte de los donativos eran de carácter religioso, bien por devoción hacia un templo-santo-virgen determinado bien por un deseo de reconocimiento por parte de los convecinos del donante.

A) TEMPLOS Y OTRAS CONSTRUCCIONES

Entre las actividades desarrolladas por los alaveses en sus lugares de origen sobresalen las constructivas, cuya finalidad era el beneficiar a sus coterráneos y perpetuar su memoria. Durante los siglos que duró la colonización del continente americano y del archipiélago filipino, nuestros emigrantes tuvieron siempre un recuerdo especial para su solar natal, que se tradujo en apoyo económico para llevar a cabo obras públicas, de carácter civil o mayoritariamente religioso, según su particular conveniencia.

Casi siempre patrocinaron obras en iglesias (La torre de Asteguieta fue costada con un donativo de Luis Antonio de Foronda y una manda de Martín de Asteguieta posibilitó la construcción del pórtico, ante pórtico y sacristía del mismo templo; Nuestra Señora de Unzá, en Okondo, será reconstruida con un legado de Juan Ibarrola; el maestreo y la cúpula de media naranja de la torre de Mendivil será sufragada por Juan José Díaz de Espada Landa y por Domingo Ambrosio de Aguirre); ermitas (como la de la Purísima Concepción de Ozaeta fundada por fray Juan de Luzuriaga), capillas (en Ordoñana ordenada erigir por Pedro Ruiz de Ordoñana), retablos (Lezama, Quejana, en Santa María de Vitoria), etc.

También fue frecuente la construcción de caminos vecinales y puentes para facilitar el acceso y tránsito a los pueblos o molinos. Se crearon escuelas de primeras letras: la de niñas fundada en Foronda por Justo Pastor de Asteguieta; la de Arróyabe por el obispo Díaz de Espada o la mixta de Retes de Tudela por Manuel Cecilio del Valle), con el fin de paliar la ausencia de estas instituciones y facilitar la instrucción de críos y jóvenes, educación que muchos de ellos no habían tenido oportunidad de adquirir. Hospitales como el fundado también por Díaz de Espada en su pueblo natal. Fervor religioso y promoción sociocultural serán sentidas preocupaciones de muchos alaveses.

Del estilo Neoclásico poseemos algunos dignos ejemplos, como la denominada Casa del Santo o de los Díaz de Espada en Armentia. Curiosamente, son muy escasas las mansiones de indianos (tan frecuentes en la cornisa cantábrica) construídas: el palacio vitoriano de los descendientes

de Julián de Zulueta, el del Virrey o de Larrea en Argómaniz, Simón de Anda en Subijana de Álava, así como diversas casas en Anúcita, Retes de Tudela, Villabuena.

Se hace necesario recordar la considerable aportación que supuso para el arte iberoamericano la llegada de reconocidos arquitectos vascos. Entre ellos destacan Claudio de Arceniega (n. Artziniega) y Lorenzo Martínez de la Hidalga (n. Maeztu) en México o el vitoriano Matías Maestro en Perú.

B) CUADROS Y RETABLOS

La relativa facilidad del traslado de los lienzos es el principal motivo por el cual algunas figuras dejaron inmortalizado su retrato. Vestidos con sus atributos impresionan por su apostura y arrogancia.

Existen retratos individuales: José Bernardo de Asteguieta (obispado de Vitoria) y Francisco Basilio de Angulo (santuario de La Encina en Artziniega), o de los obispos Díaz de Espada (templos de Arró yabe y de Mendibil) y Jacinto María Martínez en Peñacerrada, etc.

Con respecto al motivo religioso, destaca la difusión de la imagen de la Virgen de Guadalupe, tanto en lienzo como en cobre. Merecen especial mención las del santuario de la Encina en Artziniega, el de la iglesia de La grán, o la del templo de Santa María de Vitoria

C) PLATA DE ULTRAMAR

Las obras conservadas de platería colonial en nuestra provincia pertenecen a los dos centros más prestigiosos de la América hispana: Nueva España y Perú. Todas ellas tienen una finalidad religiosa. La época de esplendor es sin duda el período barroco (siglos XVII y XVIII) tanto por la abundante extracción de metales, como por el fervor religioso, que producía una fuerte demanda, no sólo del clero sino también de particulares que hacían donación de la misma a su parroquia de origen como recuerdo y para salvación de su alma.

Estas son las causas fundamentales por los que llegaron a nuestra tierra la mayor parte de estos objetos, constatados por la documentación existente y por las inscripciones y marcas que llevan las propias joyas.

Alhajas fueron enviadas por Antonio de Jáuregui a Ntra. Sra. de la Asunción de Respaldiza, la custodia de plata de Okondo fue donada por Francisco de Alday, y un cáliz con su patena... enviados por Juan de Langarica al templo de Alaiza.

D) SEDAS E INDUMENTARIA

Las denominadas artes menores despertaban una amplia atracción entre las gentes de ultramar, cuya tradición estaba orientada más hacia la artesanía que hacia las artes plásticas. Como la capa, casulla y frontal del templo de Manurga enviadas por Pedro Martínez de Murguía o las donaciones de Francisco Díaz de Durana, desde Filipinas, a su pueblo natal: juego de ornamentos bordados en seda, misal con guarnición de plata en las tapas...

Entre los numerosos benefactores de su tierra debemos citar, la nómina es demasiado extensa, a Martín de Basarrate (Amurrio), Juan Antonio de Urrutia (Ayala), Francisco Leandro de Viana (Lagrán), Tomás Ruiz de Apodaca (Manurga), Bernabé Ochoa de Chinchetru (Salvatierra), y Francisco Antonio de Echavarri (Vitoria).

No podíamos finalizar sin hacer mención de los numerosos objetos del nuevo continente que custodian y muestran nuestros museos. Así, desde el cuadro que representa la Alegoría de la defensa de Filipinas por el alavés Don Simón de Anda (finales del s. XVIII) en el de Bellas Artes o numerosos objetos del de Armería, pasando por las monedas de cecas americanas o curiosas barajas del de Naipes.

3. HISTORIOGRAFÍA INDIANA Y HOMBRES DE LETRAS

Otro capítulo que llama poderosamente nuestra atención es la considerable nómina de alaveses relacionados con las letras y la imprenta del Nuevo Mundo. Repasaremos algunos ejemplos:

- Juan Asensio de Aguirre. Recibió el hábito de la orden de San Agustín, en el convento alavés de Sta. Catalina de Badaya, 1681. Se trasladó a las islas Filipinas en 1684, dos años más tarde desempeñó los cargos de definidor y maestro de novicios en el colegio de S. Pablo de Manila, pasando después a misionar en los pueblos de Hagonoy (1699) y Calumpit. Escribió y dejó preparada para imprimirse la obra titulada Vida de la Beata Verónica de Vinasco, religiosa del Orden de los Hermitaños de San Agustín.

- José de Arlegui San Martín. Nació en Laguardia (1685 o 1686) y murió en México (1752). Pasó a México en 1718, donde fue provincial y cronista de su orden. Fundó el convento de San Francisco en la ciudad novovizcaina de Durango. Se le deben la Crónica de la provincia de Zacatecas, los Elogios a Nuestra Señora de Aránzazu (1719), el Panegírico de Nuestra Señora de Guadalupe, El Moisés de la Monarquía (1747) y dos nuevos Elogios, uno de San Francisco de Sales y otro del rey Luis I de España.

- José Cardiel Lagunas. Nacido en la villa de Laguardia (1704), ingresó en la Compañía de Jesús cuando contaba dieciséis años. Deportado

a Italia, murió en Faenza en 1781. Cursó estudios en Medina del Campo de filosofía y teología, y dos años después llegó al Río de la Plata; a los veinticinco, fue destinado al Paraguay. Allí intervino en los sucesos de los comuneros, como capellán del ejército de Bruno Mauricio de Zabala, encargado de reducirlos. Sucesivamente misionó entre guaraníes, mocobíes, abipones y charrúas.

Fue uno de los jesuitas rioplatenses más prolíficos e interesantes, además de un viajero incansable y una de las personalidades más sobresalientes de aquella generación de los expulsos. Misionero durante muchos lustros en las misiones guaraníes, y sus escritos son quizás los que ofrecen un cuadro más vivido y fiel de la vida en la "República jesuítica del Paraguay". Entre sus obras destacan:

- Misiones del Paraguay. Declaración de la Verdad. Obra que fue publicada postumamente con una introducción por el padre Pablo Hernández, también de la orden ignaciana (Buenos Aires, Imprenta de Juan A. Alsina, 1900)
- Carta del Padre Jesuita José Cardiel escrita al señor Gobernador y Capitán General de Buenos Aires sobre el descubrimiento de las tierras patagónicas, en lo que toca a los Césares (11 de agosto de 1746).
- Extracto o resumen del diario del P. José Cardiel. Su viaje desde Buenos Aires hasta el Vulcan, en «Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna, de las provincias del Río de la Plata», ilustrados con notas y disertaciones por Pedro de Angelis (Buenos Aires, 1836).
- De moribus guaraniorum. En la traducción castellana de los agregados hechos por Domingo Muriel a la obra de Pierre Charlevoix se inserta este trabajo con el título Costumbres de los guaraníes, (Madrid, 1918).
- JHS. Breve relación de las Misiones del Paraguay, en Pablo Hernández, «Organización social de las doctrinas guaraníes» (Barcelona, 1913).
- Carta y Relación de las Misiones de la Provincia del Paraguay (1747), en Guillermo Furlong, «José Cardiel y su Carta Relación (1747)» (Buenos Aires, 1953)
- Compendio de la historia del Paraguay (1780). FECIC. Buenos Aires, 1984.

Todas ellas se caracterizan por ser en general breves y sin excesivas pretensiones. Son, o bien cartas a su maestro, o diarios, o escritos de tipo polémico. En esta limitación se encuentra también su virtud, pues ofrece noticias de primera mano sobre usos y costumbres de los indígenas, plantas cultivadas... Las obras del padre Cardiel son unas de las mejores fuentes para conocer la vida en las misiones, y si a eso añadimos que fue un pasable cartógrafo, gran viajero y curioso observador de la naturaleza, comprenderemos la importancia de sus trabajos.

- **Francisco Antonio González de Echávarri Ugarte.** En la Biblioteca de la Real Academia de la Historia (Madrid) se encuentra un Informe que Dn. , hizo á el Rey Nuestro Sr. Dn. Carlos 3.º, de su Real Orden, sobre la situación del Reyno de la Nueva España, y Contrabando, todas las Providencias oportunas para restablecer aquel Reyno a su antigua felicidad. Fechado en Madrid a 4 de junio de 1768; dirigido a D. Manuel de Roda, 47 hs, 30,5 cm. Ms. 11-5-1/8785.6.

Dicha obra fue redactada a su regreso a la metrópoli desde México,

«Aprovechandome para ello de la practica y experiencia que he adquirido en los 31 años que he emprendido en servicio de S. M., ocupando los veinte y tres de ellos la plaza de decano de la R. Audiencia de México: la interinidad del Virrey nato, y Capitanía gral. por muerte de el Marqués de las Amarillas, y en las dos ausencias que hizo el Marqués de Cruillas cuando viajó a Veracruz en la última Guerra, á poner en defensa aquel Puerto: En haber reconocido los Reales de Minas más opulentos de la nueva España, manejando, é interiniendo en las Comisiones más arduas, que se han ofrecido, Como tengo representado en el memorial de mis meritos, y finalmente concurriendo á todas las Juntas que se han celebrado de Guerra, y hacienda en los 23 años que he sido Decano de aquella Audiencia...»

El informe consta de catorce puntos: 1º Sobre que aumente el número de Ministros de la Audiencia de México y que la mayor parte de ellos sean europeos. 2º Sobre que se creen Tropas Milicianas, se retiren las Veteranas, y las grandes utilidades que esta providencia conseguirá el R. Herario. 3º Sobre que se baje el valor del azogue. 4º Sobre Minas. 5º Sobre los prejuicios que se ocasionan a la tropa que sirve a S. M. en los Presidios. 6º) Sobre que se forme un Presidio en Panuco y Tampico. 7º) Sobre la nueva gabela de los zurrones de grana. 8º) Sobre el Estanco de Tabacos y calidad de los que se dan en Nueva España. 9º) Sobre Pulques. 10º) Sobre que a la provincia de Tlaxcala se la guarden los privilegios que la concedieron los reyes Carlos V y Felipe II. 11º) Sobre el medio real de hospitalidad que pagan los indios. 12º) De la agricultura. 13º) Sobre el Comercio. 14º) Sobre la expedición a Sonora.

- **Bernardo Ibáñez de Echavarrri Echeverría.** (Vitoria, 16/X/1715 - Madrid, 8/IV/1762). Autor del polémico *Reyno Jesuitico del Paraguay, por siglo y medio negado y oculto, hoy demostrado y descubierto*. Obra publicada en Madrid en 1770 en la Imprenta Real de la Gaceta.

- **Tomás Ortiz de Landázuri Arriaga.** Nació en Nuvilla. Sirvió como oficial en la secretaría del virreinato de la Nueva España (1741) y en diversos cargos en Nueva Galicia y Nueva Vizcaya. En 1747 obtuvo el empleo de corregidor, juez de minas y mineros y teniente de capitán general de la ciudad de Zacatecas; también fue regidor perpetuo de Guadalajara y escribano del cabildo de la citada ciudad (1757). Trasladado a la metrópoli, ocupó los empleos de contador general del Consejo de Indias (1765) y oficial de la Contaduría general y miembro de capa y espada del mismo Consejo (1767). Era miembro de la R.S.B.A.P.

Como oidor de la Audiencia de México escribió un Papel de don haciendo presentes los medios para exterminar el contrabando..., y ejerciendo el cargo de contador general del Consejo de Indias otro informe sobre el libre comercio (1776), en que no combate totalmente el monopolio, creyendo que la hostilidad hacia él está influida por ideas especulativas de libros extranjeros, -olvidando la larga crítica española en igual sentido-; las medidas extranjeras son opuestas a las que conviene en las posesiones españolas; para evitar tal error hay que tener buen conocimiento de las cosas de América pues las miras de los extranjeros son muy diversas de los principios con que España se gobernaba en sus establecimientos, pero conviene tomar de ellos lo oportuno para mejorar. Pero se manifiesta adverso por completo al sistema de flotas, del que exhibe sus múltiples inconvenientes al monopolio, a las excesivas formalidades y a la política fiscal que se seguía.

- Ignacio José de Rezabal y Ugarte. Vitoria (1737). Autor de un Tratado del real Derecho de las medias-anatas seculares y del servicio de lanzas á que están obligados los Títulos de Castilla. Origen histórico de este Juzgado en el Reyno del Perú. Madrid, Oficina de Benito Cano, 1792. También se le debe la obra titulada Biblioteca de los escritores que han sido individuos de los seis Colegios Mayores de San Ildefonso de la Universidad de Alcalá de Henares, de Santa Cruz de Valladolid... Madrid, Imprenta Sancha, 1795. Otro de sus escritos lleva el siguiente enunciado: Compendio Alfabético de más de dos mil reales órdenes y cédulas para el Gobierno de América.

- Manuel Joaquín Uriarte Rodríguez de Baquedano. Nació (1720) en Zurbano. A los catorce años era caballero paje en la casa del arzobispo de Sevilla Luis Salcedo y Azcona; a los diecisiete entraba en el noviciado y a los veintidós se hacía a la vela con destino a las misiones americanas. Su viaje, por lo accidentado, es digno de incluirse en cualquier antología de aventuras marinas. Ya en Quito, en 1747 recibió las órdenes sagradas de manos del obispo de Santa Marta, y tras pasar tres años dedicado a la enseñanza, por fin, el 13 de junio de 1750, firmaba el provincial la orden para que pasase a misionar, señalándole la misión del río Napo en ocasión en que los neófitos habían huido para refugiarse en la selva después de dar muerte a un religioso. Permaneció en su destino hasta la expulsión de los miembros de la Compañía de Jesús.

Una vez en Ravenna, el 12 de diciembre de 1771 comenzó a redactar su diario -una tercera redacción- que abarcaría, a través de casi veinte años, desde el 26 de diciembre de 1750 hasta su llegada a la mencionada ciudad italiana. Aún puede seguirse parte de su azarosa existencia a través de su prolífica correspondencia epistolar a partir de esa fecha. Por último; cuando en 1798 se autorizó a los expulsados para que regresaran a sus respectivos lugares de origen, Uriarte regresó a Vitoria, de donde tan niño había salido, donde falleció (1804).

Durante toda su vida, Manuel de Uriarte gustó de escribir sus impresiones, bien en cartas a sus familiares y amigos, bien en el diario que llevaba. Sin duda, en sus ratos libres iba escribiendo cuanto vivía según iba ocurriendo, pero nada de todo aquello, que debió de ser voluminoso, pudo trasladar ni conservar. entonces, después del decreto de expulsión y cuando esperaba de un día a otro la orden de marcha, se le ocurrió hacer un compendio de su diario. Tampoco el tomito se salvó: al entrar en los dominios de Portugal, el superior ordenó a los padres quemar todos los papeles que hubieran sacado de sus reducciones. Por eso, con una tenacidad admirable, el padre Uriarte ocupaba sus ocios de Ravenna reuniendo por tercera vez, y con el único auxilio de su memoria, todos aquellos amados recuerdos que la adversidad le había hecho perder ya por dos veces. De finitivamente, fueron salvados con su publicación por el padre Constantino Bayle en dos volúmenes, con el sencillo título de Diario de un misionero de Mainas. Asistido, sobre todo, por el navarro Martín Iriarte y Manuel Uriarte, José Chantre y Herrera escribió una Historia de las misiones de la Compañía de Jesús en el Marañón español.

- Francisco Leandro de Viana Sáenz de Villaverde. Natural de Lagrán (1730-1804). Ocupó diversos cargos en la carrera de Indias: fiscal de la R. Audiencia de Manila (1756), alcalde del crimen de la Audiencia de México (1765), oidor de la Audiencia de México (1769) y miembro del Consejo de Indias (1776).

Siendo miembro de la Audiencia de México y primer conde de Tepa, elaboró un docto informe para combatir los siniestros en la capital novohispana (1774) y ocho años después daba a la estampa un Reglamento para prevenir y extinguir en México los incendios de sus casas, y edificios públicos, impreso en Madrid por Joaquín de Ibarra en 1782.

En la introducción advierte que entre los peligros que amenazan a las ciudades y a sus habitantes «ninguno más inminente, más fatal, más ruinoso que el de los incendios de casas y edificios». El referido azote, que destruye la fortuna de los ciudadanos y los pone a las puertas de la desesperación, «debe ser un objeto de los más principales del gobierno político, y de los ministros de Policía de todas las Ciudades civilizadas». Luego de reflexionar sobre diversos aspectos, el autor manifiesta que en México «tenemos leyes, y ordenanzas de policía, pero tan imperfectas, que necesitan una reforma, y una extensión prodigiosa de casos, que no están prevenidos, y son de la mayor atención y utilidad pública». Viana confiesa que las normas que deja insinuadas «nos conducirán a establecer en esta populosa Ciudad las mejores precauciones y reglamentos contra incendios.»

En el Reglamento se abordan aspectos como «la fortaleza de los edificios, y su fábrica por maestros aprobados»; la responsabilidad de los maestros alarifes; la prohibición de oficinas «de coheteros» y «obradores de fuego» dentro de la ciudad; del abuso de fogatas en las calles y sus

remedios; de los «guardias de pito», su utilidad pública y sus funciones relativas a incendios; del acopio de bombas en las cuadras; del auxilio de la tropa para evitar los robos, desórdenes y «confusión de gentes», etc. En una misiva dirigida al conde de Peñafiorida, con fecha 22.8.1782, le comunica que ha destinado las ganancias del libro «a beneficio de nuestra Real Sociedad [Bascongada de los Amigos del País] deducidos gastos, con deseo de que se aplique al Real Seminario de Vergara».

Y otros que escribieron en y sobre América: Pascual de Andago (suficientemente estudiado, entre otros por Adrián Blázquez), Jerónimo de Mendieta, Matías de Armona, etc.

4. UNA PERSPICAZ MIRADA DE MÉXICO Y NICARAGUA

El Iludiano Ramón de Belausteguigoitia Landaluce (1891-Madrid, 1981) cursó estudios de Derecho abriendo poco después un bufete en la capital vizcaína. Durante la primera Guerra Mundial trabajó como corresponsal para un periódico británico. Posteriormente obtiene plaza en el departamento de Fomento del Ayuntamiento de Bilbao, jefatura que conservaría durante la dictadura de Primo de Rivera. También fue, al igual que sus hermanos José María y Francisco, futbolista en el Athletic.

Desde temprana edad había mostrado interés por los problemas agrarios. En 1918 publicaba *La cuestión de la tierra en el País Vasco* y, dos años más tarde, pronunciaba, en el segundo Congreso de Eusko Ikaskuntza celebrado en Pamplona, una conferencia sobre *La reforma de la pequeña propiedad rural y la propiedad urbana...* Tras contraer matrimonio con Ana López Sberck, hija de un acaudalado ingeniero de minas, se trasladó a residir en tierras ultramarinas.

Cuando, a finales de 1925, Belausteguigoitia contemplaba México desde su arrebatada frontera norte, al otro lado del Río Grande, descubrió ante sí «una llanura árida y gris, recortada por lejanas montañas, donde la Naturaleza parecía haber negado todos sus recursos.» Algo muy distinto de la imagen superficial que había llegado hasta él a través de los populares relatos de Maine Reid, a la sazón casi su «único acopio histórico.»

Al vasto y complejo México, donde poseía una extensa hacienda, llevó también su afición por los asuntos agrarios y por la literatura. Su producción libresca es amplia: *Reparto de tierras y producción nacional*, *La transformación de la agricultura en México*, etc. Miembro activo del Centro Vasco y de la oposición antifranquista en el exilio, colaboró en diversas publicaciones y dio a la imprenta *Euzkadi* (sic) en Iruña (1938). También realizó considerables incursiones en la narrativa, legándonos *La sombra del Mezquite* o *La novela de un retrógado*.

En México de cerca (1930) nos guía con su tersa mirada, cálida y perspicaz, por «un país rico y un pueblo pobre». Se trata de un relato

salpicado de impresiones coloristas y entrañables. Así nos comenta la mezcla de razas, cómo (mal)vivía el indio, el anhelo de las desheredadas masas campesinas, la presión norteamericana, la compleja realidad socio política, etc. Tiene ocasión de hablarnos del pulque «una bebida de sabor acre y aspecto lechoso...», de narrarnos anécdotas como la del orondo Arribalchaga y una banda de rebeldes o el limpiabotas y un gachipín. Se trata de una cabal y profunda visión del último lustro los años veinte. Seis años antes de su fallecimiento, acaecido en Madrid, veía la luz: Naturaleza y espíritu: a través de México.

En 1934 aparecía *Con Sandino en Nicaragua. La hora de la Paz* (recientemente reeditada) donde señala que la grandeza del personaje radicaba «en su elevación moral». Augusto César se había levantado en armas en una nación cuya clase política «estaba enormemente degradada y donde un pueblo se disponía a sobrellevar con resignación el collar de sus dominadores». La obra pretende reflejar lo que fue aquella lucha nicaragüense (1926-33) y, sobre todo, dar a conocer la seductora personalidad «del general de hombres libres». Un hombre corto y flaco que «ha levantado su bandera contra todo el poder del imperialismo.»

Con prosa precisa, en ocasiones brillante, Belausteguigoitia habla de los pueblos que visita: «cada habitante es un poeta nato o un orador en ciernes». Asimismo se fija en la prensa, donde encuentra una espectacular riqueza imaginativa y cuyos editorialistas se desbordaban en un vehemente lirismo «lanzando los adjetivos de las imágenes como lluvia de estrellas sobre la diaria monotonía local.»

No fue tarea fácil llegar al cuartel principal del pequeño ejército loco, y hubo de utilizar los lentos e incómodos procedimientos en uso para alcanzar el campamento de San Rafael: primero en un auto destartado hasta Matagalpa; después, a lomos de caballo, un grupo de "bon vivants", le acompañó hasta Jinotega; y, desde allí, a las agrestes Segovias. Por fin, Ramón pudo entrevistarse con Sandino: cuyo rostro, ensombrecido por las arrugas prematuras, «reflejaba yo no sé si una reflexión profunda o un íntimo dolor», había en él un aspecto de complejidad que está vedado a la mayor parte de los mortales y «parece patrimonio de algunos hombres que han dejado su huella en la marcha de los acontecimientos humanos.»

Durante las dos semanas que permaneció entre los insurgentes nicaragüenses no dejó de platicar a diario con el nuevo libertador, quien le trató desde el primer momento con exquisita amabilidad. Procuró recoger fielmente sus conversaciones, distribuidas en distintas materias, guardando «una absoluta realidad en los conceptos y en las frases, a fin de que el lector pueda penetrar en la psicología de este extraordinario paladín de la libertad.» La figura de Augusto César, «espíritu delicado y fino, un hombre de acción y un vidente», sedujo al vasco. Pocos meses después, Sandino caía acribillado a balazos por los sicarios de Tacho Somoza.

Excelentes testimonios de México y Nicaragua debidos a la pluma de un observador de noble y vieja cepa. Parece que, a ciertos países, todas las horas les hieren, y la última -como esa que tanto impresionó a don Pío Baroja- les mata.